

Bécquer, poeta del amor

Su adolescencia en Sevilla él mismo la refiere, esencialmente en una de sus cartas desde Veruela. El, poeta que, como Nerval, pudo decir: "Ah, recuerdos clásicos, qué lejos estáis de mí", cuenta cómo iba a la margen del Guadalquivir, en el fresco ambiente de las remotas ninfas y náyades, a dejar morir el tiempo, imaginándose sonoro cantor, émulo de Herrera y Rioja, festejado por sus contemporáneos, libre y feliz.

Pocas tierras se prestan como Andalucía a ese deseo de un poeta indolente; la naturaleza no necesita allí que se le añada nada por nuestro espíritu, sino al contrario: es nuestro espíritu quien debe anegarse en ella, como el nadador fatigado que se deja llevar por las olas. Lo que sorprende allá siempre es la falta de esfuerzo.

Pero los dioses ciegan a aquél a quien quieren perder. Y Bécquer no veía a aquella tierra; sólo atendía a un afán que le impulsaba hacia distinto ambiente. ¿Se acordó Sevilla de su poeta? No mucho. Largos años después de su muerte le hizo, es verdad, un aparatoso entierro; sin duda, mientras más tierra sobre el peligro, mejor; así estamos seguros de que no volverá ya.

Lejos al fin de Sevilla, en Madrid, donde según esa terrible exigencia de la vida española, tarde o temprano, debe centralizarse todo lo que vivo y nuevo producen otras regiones, en Madrid vive, si puede llamarse vida a los días que arrastra. Miseros empleos, algunas protecciones más o menos eficaces, colaboración periodística al fin; todo para que la sociedad pudiera permitirle el lujo exorbitante e inaudito de dejar sobre el papel, en transparente prisión, unas radiantes palabras, unos breves sonidos, huella de su gran espíritu.

Sus biógrafos hablan de una pasión contenida hacia una muchacha que un día, en una caminata por las calles de Madrid, vio

asomada en un balcón. Añaden, además, que rehuyó siempre conocerla. Luégo vino su casamiento casi brusco y, por decirlo así, inmotivado.

La primera aventura tiene no sé qué matiz inefable; no me parece en consonancia con el espíritu de Bécquer. Sé que puede interpretarse como resultado natural en un temperamento de enamorado tímido. Mas, ¿y la terrible realidad amorosa, viva y atormentada, que se levanta tras la mayor parte de sus "Rimas"? Allí, no podemos dudarle, palpita el eco de un gran amor amargado y cumplido. El testimonio más auténtico respecto a un hombre es sin duda su obra.

La figura que de él nos presentan los amigos y biógrafos no parece acordarse por completo con la que nosotros podemos suponer según los rasgos entrevistos en esa obra. Tierno y sombrío, soñador y desengañado, retraído y excepcional, esta figura que así podemos componer, ¿es la verdadera imagen de Bécquer? Aquí chocamos con el escollo humano sempiterno. Nos desconocemos profundamente los unos a los otros, nos separan irreparablemente espacios infranqueables, murallas de carne. Es inútil combatir contra ello. Lo mejor es aceptar esa imposibilidad de comunicación y vivir como sea posible, contando con ella de antemano y con su engaño consiguiente. "Todos nos engañamos— decía Beethoven moribundo, pero cada uno de diferente modo". Sólo cabe una suerte de iluminación que nos acerca momentáneamente a otro cuerpo. Pero aún en este punto, cuántos terribles errores. Nuestros actos nos desfiguran muchas veces y por ellos somos juzgados; mas, aún siendo fieles a nosotros mismos, ¿son fielmente interpretados por los demás? Nunca. Y Bécquer, precisamente, es, según creo, una de aquellas figuras que más ha deformado, al apropiársela, el público. Y no quiero hablar de sus admiradores porque aquí la incomprensión ha sido absoluta. Un artista no sólo puede ser incomprendido cuando se le desdeña, sino también cuando se le admira. Y éste ha sido, después de su muerte, el caso de Bécquer.

Sorprende siempre encontrar aquel etéreo dón lírico y aquella amargura total, festejados por hombres exactamente iguales a aquéllos contra quienes Bécquer se revolvía. Parece también inevitable y necesario: las gentes no se retractan de sus errores. Pasados sino para poder cometer con más libertad otros nuevos.

Se considera a Bécquer como poeta del amor. También aquí creo, estoy seguro, que pocos, muy pocos, entre quienes así lo llamaron, se dieron cuenta del tormento, las penas, los días sin luz y las noches sin tregua que tras esos breves poemas de amor se esconden. ¿Poeta del amor? Sí, sin duda, si vemos el amor no como un vago e impreciso sentimiento que unas pocas lágrimas descargan de su pesar y en cualquier otro cuerpo se olvida. Pero hay una pasión horrible, hecha de lo más duro y amargo, donde entran los celos, el despecho, la rabia, el dolor más cruel. Y no se juzgue egoísta a quien así siente una vez en su vida. Son precisamente los hombres menos egoístas quienes así se ven obligados a sentir ante la conducta de los otros. ¿No dice Bécquer esto de su propia amargura?:

**Si rodando, mañana, este veneno
envenena a su vez, ¿por qué acusarme?
¿Puedo dar más de lo que a mí me dieron?**

Pocos sentimientos tan horribles como ese. Y esa es la verdadera imagen del amor, el amor que Bécquer conoció, sufrió y cantó.

Al repasar el índice de sus "Rimas", como no llevan títulos, encontramos la serie de los versos iniciales; cada uno de ellos, raro es el que no, parece un acero agudo y reluciente; penetran hasta lo más hondo de nuestro sér, como en él se clava a veces una forma ajena. ¿No fue Baudelaire quien escribió?:

**Toi qui, comme un coup de couteau
dans mon cœur plaintif est entré**

Bécquer también sabía eso. Así dice:

**Como se arranca el hierro de la herida
su amor de las entrañas me arranqué.**

En los dos poetas hay la misma sensación de desgarradura, de algo acerado y reluciente que hiere nuestra carne. ¿Es éste el amor que la mayoría de los hombres conoce? Recuerdo ahora unas palabras sobre el amor; me parecen poco conocidas y las creo efi-

caces aquí ahora. Son de alguien muy cercano de Bécquer por la tierra ya que no por el tiempo: de un místico musulmán, casi andaluz, Abenarabi. Decía: "El amor es una cualidad comburente, que consume como el fuego toda cosa que no es de su mismo género". Y también éstas cuya dirección mística altero levemente, dejando por lo demás su sentido: "Las gentes del vulgo llegan a sentir deseo, pero no deseo ardiente, pues el que penetra en esta morada del deseo ardiente, anda errante, loco de amor, sin que se pueda ya descubrir las huellas de sus pasos ni su habitación fija".

Qué lejos nos llevan esas pocas palabras... Ese sentimiento amoroso era el de Bécquer. Poeta del amor, sí; del amor desesperado, del que pocas personas pueden hablar, porque muy pocas lo conocen. Pero no es nuestra tarea analizar el amor.

Su poesía, claro está, no es sólo amorosa. Bécquer es, sin duda, un poeta individualista; no obstante, alienta en él a veces un afán que le arrastra hacia la naturaleza, con las olas, con las nubes, deseando disolverse en el aire lejos de la memoria del olvido, de todo lo creado, para no ser ya sino esa sombra vacía que designamos con la palabra nada. Otras veces es una curva lánguida y sinuosa como la línea melódica de un vals de Chopin. Y no es esto una simple comparación; puede recordarse la rima que comienza "Fatigada del baile"; tiene la misma dejadez melancólica y elegante que la música chopiniana.

Fuerza melódica, fuerza natural, fuerza amorosa, su poesía supo siempre rechazar lo que frecuentemente, sin ser lírico, se mezclaba con la poesía. Ahí tenemos una de las razones esenciales de su modernidad: rechazar de la poesía todo lo que es ajeno al lirismo.

LUIS CERNUDA